

**Inmaculada Rubiales Valero**  
**Colegio Santo Ángel (Badajoz)**  
**EXTREMADURA**



A ocho minutos de ti.

“Sigilo, rapidez y decisión”.

Esas eran los tres factores que debía tener en cuenta si quería salvarte; ponerte a salvo, mantenerte vivo. Y tenía que hacerlo porque dependías de mí. Tu vida dependía de mí.

A cinco minutos de ti. Un suspiro de frustración escapó de mis labios cuando me di cuenta de que la melodía sonaba cada vez más rápido y yo todavía estaba demasiado lejos. Mis pulmones empezaron a quejarse por la carrera, ardiendo con tanto ímpetu como un descontrolado incendio de verano. Pero no me detuve, sino que seguí corriendo como si mi vida dependiese de ello. Porque no era mi vida, era la tuya. y eso era aún peor.

“Corre, Larua, corre”.

Escuché mi respiración entrecortada cuando me adentré en un callejón aparentemente sin salida, y apreté los labios para evitar soltar una palabrota antes de girar sobre mis talones y echar a correr en dirección contraria. Por un momento dejé que mi mente se perdiese en el bonito sonido que hacían las gotas de la lluvia al chocar contra el suelo y me permití olvidar la verdadera razón por la que me encontraba allí, corriendo sola y angustiada, en vez de en mi cómoda y acogedora casa, a pesar de que era un lunes, allí sobre las tres de la mañana. Había vuelto a oírla de nuevo, y esta vez parecía querer ir a por ti.

Porque la muerte no iba a perdonar a nadie, y menos aún al chico que había conseguido enamorar lo suficiente a la única humana capaz de escuchar aquella musiquilla, que traía la desgracia consigo, como para que ella se arriesgase a intentar solucionarlo.

A tres minutos de ti, tenía que darme prisa

“Sigilo, rapidez y decisión”.

Las gotas de lluvia se mezclaban con mi sudor mientras avanzaba a saltos y zancadas simultáneas, acabando poco a poco con la limitada energía que me quedaba. tenía que correr; que llegar a tiempo. no podía dejarla ganar.

“Date prisa, Laura”.

A dos minutos de ti, la melodía empezó a sonar todavía más fuerte. Arrugué la nariz cuando aquellas notas desordenadas y agudas me inundaron los oídos, provocándome dolor de cabeza. Era como si el instrumento de viento metálico que las producía hubiese decidido instalarse en mi cabeza, decidido a hacérmelo todo más difícil.

A cincuenta segundos de ti.

Pero no iba a conseguir frenarme. No, claro que no. Yo iba a salvarte aunque tuviese que poner mi vida en peligro para hacerlo.

A cuarenta segundos de ti.

Otro callejón.

“Tengo que darme prisa”.

Lo ignoré todo: mis rodillas que se doblarían en cualquier momento; mi corazón palpitando con fuerza, la lluvia desenfrenada y las inmensas posibilidades que había de tropezarme y de que erosa cara se estrellara contra el suelo, estropeando su belleza.

A treinta segundos de ti, no había tiempo para bromas.

El volumen de la música subió aún más y me dolieron los oídos.

A veintidós segundos de ti.

“Sigilo, rapidez y decisión”.

A doce segundos de ti.

“Más deprisa”.

A diez segundos de ti.

Paré en seco, estabas allí.

A ocho segundos de ti.

Mis ojos se clavaron en tu cuerpo, atónitos. vestido con unos vaqueros y una camisa gris que te hacía más mayor de lo que eras, esperabas impacientemente a que el semáforo se tornase al color verde para poder cruzar sin peligro. Pero había peligro, claro que lo había.

A seis segundos de ti.

Tu nombre daba vueltas en mi cabeza y se mezclaba con la melodía: luces, luces...

A cinco segundos de ti.

Intenté gritar cuando vi que dabas un paso al frente, decidido a cruzar y sin ver el enorme camión que se acercaba a gran velocidad a ti, pero mi garganta solo emitió una tos seca. Así que volví a correr.

A tres segundos de ti.

Y de repente, te perdí de vista. esta vez sí que chillé con todas mis fuerzas mientras caía de rodillas al suelo, sin poder apartar los ojos del conductor, que se había bajado rápidamente del vehículo para comprobar el estado del peatón al que acababa de atropellar. pero no estaba bien.

No, tú no estabas bien.

La melodía cesó, dejándome completamente sola con mi llanto y mi culpabilidad.

había estado a tres segundos de ti. A tres segundos de salvarte. A tres segundos de evitar lo inevitable. A tres segundos de hacerle perder.

Pero la muerte no perdona a nadie.

A tres segundos de ti.

A eso me quedé.